

### **3. Matilde Elena López: Entre la Intelectualidad, la Política y la Academia.**

Por: Rafael Ochoa Gómez<sup>1</sup>

“Cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestros mayores provechos”.

*Miguel de Cervantes*

#### **Resumen**

Matilde Elena López es una figura indiscutible en la literatura y la cultura salvadoreñas del siglo XX. El presente artículo presenta un perfil de esta notable compatriota, considerando su amplia trayectoria como intelectual, académica y militante política. Su compromiso histórico social, su invaluable aporte sociocrítico en la academia universitaria centroamericana, y su incomprendido espíritu concertador, son algunos de los pilares en los que se fundamenta esta mirada, en memoria de alguien que vale la pena mencionar en la historiografía nacional y en el pensamiento latinoamericano.

**Palabras clave:** nacismo, sociocrítica, dialéctica, espíritu concertador, espíritu humanista, socialismo democrático, sinergia, ideologema, elocuente, immanentismo, revolución, vanguardismo,

#### **Introducción**

Además de su participación política en la intentona por el derrocamiento del General Maximiliano Hernández Martínez en abril de 1944, Matilde Elena López, sobresalió por su prolífica actividad intelectual y literaria y por la modernización de los estudios literarios en la academia salvadoreña y centroamericana. Durante su permanencia como funcionaria en la Universidad de El Salvador, figuró como pieza clave en el establecimiento de la sinergia entre universidad y sociedad, además de sobresalir por el ejercicio de un espíritu democrático que iba más allá de la aplicación de un pensamiento marxista dogmático e inflexible. Cultivadora de un espíritu concertador y de una visión humanista, su ejemplo debe servir de guía para las presentes y futuras generaciones en la búsqueda y reconstrucción de la verdadera esencia de la Facultad de Ciencias y Humanidades.

\* \*\*

En la primera mitad del siglo XX, América Latina recibió la influencia de corrientes ideológicas, políticas y económicas provenientes de Europa; y a pesar de que la vida cultural y literaria giró alrededor de los cánones estéticos del antiguo continente, también es cierto que los ojos del mundo volvieron su mirada hacia lo estrictamente americano, gracias a los aportes de varias intelectuales y escritoras nacidas en esta geografía.

Entre esas mujeres brillantes, sobresalió la maestra chilena y premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral (1889-1957), cuya vocación por el magisterio se volcó inevitablemente entre sus versos, convirtiéndola así en un destacado modelo de docencia cuando apenas alcanzaba los dieciséis años de vida. Descuella, además, la escritora uruguaya Juana de Ibarbourou (1892-1979), bautizada en 1920 con el magnífico título de “Juana de América”, por la grandiosa popularidad alcanzada en el continente a través de su obra poética. Y si volvemos la mirada hacia la historia de El Salvador, vale la pena que recordemos el nombre de Prudencia Ayala (1885-1936), cuya participación en las elecciones de 1930 con el Partido Unionista la convirtió en la primera mujer en optar a una candidatura por la presidencia de la República, en la historia de América Latina. Prudencia Ayala fue, además, la primera en iniciar una larga tradición de lucha en favor de los derechos de la mujer salvadoreña.

Otra figura digna de mencionar en suelo cuscatleco, es la de la sonsonateca Consuelo Suncín (1901-1979), cuyo nombre se inmortalizó en la literatura universal cuando el escritor francés, Antoine de Saint Exupery, la alegorizó en la figura de “la rosa”, en su famosa obra titulada *El Principito*. La grandiosa elocuencia que caracterizaba a esta salvadoreña la hizo acreedora al título de la “Sherezade del Trópico”, por su excepcional talento que la llevó a entablar amistad con renombrados artistas y escritores de la época, como: Salvador Dalí, Pablo Picasso, André Breton, Max Ernst y Marcel Duchamp.

Pero más allá de estos perfiles femeninos, inolvidables espejos en la cultura hispanoamericana y salvadoreña, sobresalió otra mujer, cuyo legado histórico, literario y académico, la convirtió en una de las intelectuales más importantes en la vida de nuestro país y de América Latina durante el pasado siglo XX: se trata de Matilde Elena López (1919-2010), escritora, intelectual y maestra, que en la década de los cuarenta comenzó a sobresalir en la cultura nacional con un inusitado perfil femenino.

De padre austríaco-alemán, pequeña de estatura pero grande en pensamiento, esta compatriota demostró que su espíritu de lucha se extendía más allá de un simple discurso inspirado por la febril emoción de la juventud. Su temprano involucramiento en los procesos de cambio social demostró que se trataba de una salvadoreña que se resistía al tradicional concepto de mujer frágil e indefensa, sometida a los designios de un medio hostil, para trocarlo por un modelo de mujer activa, que aportaba constructivamente a la creación de una nueva historia.

Cuando apenas se encontraba en la lozanía de su juventud, con veinticinco años de edad, dueña de un carácter aguerrido y de una sólida convicción por aportar a un proyecto de liberación nacional, Matilde Elena López se alzó como una franca opositora contra las ideas del nacismo, participando activamente en la intentona por derrocar al dictador salvadoreño Maximiliano Hernández Martínez, en el mes de abril de 1944:

La coyuntura favorable que necesitaban los pueblos de América para derrocar las podridas dictaduras, fue la formación del frente de las democracias contra el fascismo, cuando la Alemania hitleriana desencadenó la Segunda Guerra Mundial en un audaz intento de conquistar el mundo y esclavizar a los pueblos <<inferiores>>, a las razas no <<arias>>. ¿Contra qué fascismo iban a luchar los pueblos de América cuando lo tenían en sus propios gobiernos pronazis? Sabido es que los submarinos alemanes se abastecían en las costas centroamericanas bajo el amparo de Carías, Ubico, Somoza y Martínez, alineados al eje Roma-Berlín-Tokio... Para los pueblos, fue la coyuntura favorable para derribar sus propias dictaduras. Así pues, el 2 de abril de 1944, El Salvador inicia la era de las revoluciones democráticas en América Latina. Después vendrán otras: Ecuador, Bolivia, Guatemala. El colazo más brillante de aquella cauda de revoluciones –o movimientos reivindicadores en vías revolucionarias– es la revolución cubana, más tarde (López, 1988: 97).

Posteriormente, y como consecuencia de ese involucramiento político en aquel importante suceso de la historia nacional, Matilde Elena López tuvo que salir exiliada hacia la hermana república de Guatemala, donde estudió periodismo en la prestigiosa Universidad de San Carlos. Después de un tiempo, y a raíz de un Golpe de Estado que se fraguó contra el mandatario guatemalteco Jacobo Árbenz, con quien nuestra compatriota colaboraba culturalmente, se vio obligada a vivir un segundo exilio en Ecuador, donde culminó sus estudios de posgrado y se convirtió en la primera mujer salvadoreña en obtener el título de Doctora en Filosofía y Letras. La sólida formación académica

y su experiencia como sujeto de la historia le permitieron transpirar el “mejor perfume” que una mujer lleva escondido en el más callado horizonte de su conciencia: *“Mi formación universitaria es importante, pero no lo es menos mi vivencia en aquellas luchas sociales”*. (Nota autobiográfica de Matilde Elena López en: Revista Cultura, noviembre-diciembre de 2012, página 63).

Como destacada intelectual, identificada con las ideas progresistas de la época, aprovechó la ocasión para nutrirse del pensamiento marxista que por aquellos años palpitaba en los ambientes académicos y culturales de las prestigiosas universidades de América del Sur. Sin embargo, más allá de practicar un marxismo rígido e incuestionable, se decantó por el ejercicio pleno de un espíritu humanista, que le permitió superar cualquier postura rígida o inflexible ante los dogmas de una doctrina: *“... en polémica dialéctica e invencible, ...en lucha contra dogmas, contra lo establecido”* (López, 1988: 7), sostendría ella misma en una de las páginas del reconocido ensayo **La poesía de Roque Dalton**, donde aparece reiterado como ideograma el anhelado espíritu de libertad para el artista, para el escritor y para el intelectual.

Y aunque Matilde Elena López se plegó de manera inteligente a los principios del marxismo, adoptó una postura sabia y dinamizó con inteligencia sus valores revolucionarios, manteniendo muy buenas relaciones con amplios sectores de la sociedad salvadoreña. Debido a esa actitud, poco acostumbrada entre los círculos intelectuales de la época, gozó de mucho respeto en los espacios culturales, políticos y sociales, pues se había ganado la confianza de la gente y modelaba un estilo de política arraigado en la incuestionable vocación de un espíritu concertador fundado en el ejercicio de la palabra: *“La palabra es puente de comprensión del hombre que la produce y la habita”* (López, 1998: 149-150), declaraba ella abiertamente en su ensayo titulado **Pasión del Tiempo de David Escobar Galindo**. Siempre se esforzó por llevarse bien con todos, amparada bajo la esperanzadora posibilidad de que una sociedad democrática era posible, recurriendo siempre a la vía del diálogo y la negociación.

Su vasta formación académica se nutrió del canon europeo, respaldado por autores como Karl Vossler, estilista que comandaba la Escuela de Munich; y György Lukács, exponente de significativas propuestas para la creación de un socialismo democrático y la reconstrucción del marxismo. También se alimentó de las emblemáticas ideas de Bertolt Brecht, *“ese*

*prototipo de intelectual revolucionario que trataba de descifrar la realidad a través del arte*” (Wikipedia, 2013, 20 de junio), y que en su visión dialéctico-materialista del arte dramático, sugería que el teatro, como instrumento de lucha, “*debía organizar el PLACER en la transformación de la realidad*” (Menéndez Quiroa, 1977: 117). Precisamente cuando Matilde Elena López cita a Brecht en sus ensayos, su pensamiento se traslapa con el de este escritor alemán al considerar la literatura como una herramienta de lucha social, abriendo así un ideologema que mostraba claramente la ruta que seguiría su pensamiento en su vasta labor de crítica literaria: “*Roque Dalton presiona el significado de la palabra y la obliga a irradiar múltiples signos, símbolos de lucha, a convertirse como en Brecht, en palabra-látigo*” (López, 1988:14).

Además de tener como referentes a grandes teóricos del canon europeo, Matilde Elena López también supo aquilatar lo mejor del pensamiento latinoamericano, pues se apoyó en intelectuales como Héctor Pablo Agosti (1911-1984), miembro del Partido Comunista argentino, quien buscaba incidir en la transformación de la educación universitaria de su país, y fue un magnífico representante del pensamiento humanista que dejó imborrable huella en la filosofía de esta gran salvadoreña. Cita Matilde Elena López a Agosti en uno de sus ensayos: “*En la exacta interpretación de Héctor p. Agosti...el hombre, en última instancia, vuelve a señalarse como medida y finalidad de las cosas*” (1965:154).

La clara influencia de Luis Vidales (1900-1990) también está presente en la vasta obra ensayística de Matilde Elena López. Vidales fue secretario del Partido Comunista colombiano y destacó por su notable activismo político vinculado a movimientos de izquierda. Además fue autor de la obra titulada *Suenan timbres*, catalogado como el mejor poemario vanguardista en la producción literaria de Colombia. En su *Interpretación social del arte*, Matilde Elena López se apoya en Vidales para respaldar su defensa del realismo, esa estética social que parte de un conocimiento profundo de las leyes que rigen el arte:

(...) la relación entre lo empírico y lo volitivo, como términos del binomio dialéctico entre lo objetivo y lo subjetivo, y halla en los modos la variabilidad de la realidad, las formas o síntesis en las cuales se expresan las leyes del arte. Es una estética de tal naturaleza que quien desee combatirla deberá combatir la evidencia de los hechos de la historia social (1965: 169-170).

Luis Vidales en su Tratado General de Estética, ya citado, advierte que el realismo es una constante histórica, ya que <<siempre hay un gran acuerdo entre todos los hombres, el arte ha presentado un gran “hito” naturalista humano, que es bien diferente a la copia de la naturaleza, cualquiera que esta copia sea>> (1965:179).

Pero más allá de explayar su labor intelectual y de su participación histórica en los procesos de cambio social, Matilde Elena López también dedicó su vida al ejercicio de la academia, sobresaliendo, especialmente, por un estilo muy particular de gestión universitaria. El doctor David Escobar Galindo lo hace notar en su presentación al libro *Ensayos literarios* de Matilde Elena López:

En 1957, a la luz de una política coyuntural de apertura del Gobierno salvadoreño de entonces, Matilde Elena López regresó al país, para establecerse definitivamente. Provista de extraordinarios instrumentos académicos, fogueada en las adversidades de un largo extrañamiento de la propia tierra, ungida por su inteligencia excepcional e impulsada por una incomparable voluntad de trabajo, se incorporó a la Universidad Autónoma de El Salvador como Doctora en Letras, y de inmediato dedicó sus mejores energías a la tarea de formación (*Ensayos literarios*: 1988: 8).

Como funcionaria del Alma Máter, Matilde Elena López ejerció su principal actividad en la “época de oro” de la Universidad de El Salvador, desde 1960, ocupando diversos cargos en diferentes unidades académicas y administrativas. Cuando se desempeñó como Directora de Extensión Cultural Universitaria, fue uno de los referentes del pensamiento progresista y se convirtió en la carta de presentación institucional por su importante labor encaminada a establecer una sinergia entre universidad y sociedad. Durante ese período, la visitaba mucha gente de diferentes sectores sociales, pues mantenía buenas relaciones con intelectuales, con profesionales pertenecientes a las diversas áreas del conocimiento, con artistas plásticos, con músicos y escritores jóvenes que con ahínco buscaban su consejo y orientación en el sinuoso arte de la palabra. Lamentablemente, esa simpatía que había logrado cosechar ante la gente, la hizo acreedora a la envidia de todos aquellos que siempre han sido intolerantes con el talento humano y con las diferencias de pensamiento a nivel institucional, oposición que se veía reforzada, incluso, por varios colegas suyos pertenecientes al gremio de escritores.

Pocos años después, la Doctora López ocupó el cargo de Vicedecana de la Facultad de Ciencias y Humanidades. Su gestión estuvo signada por un claro sello humanista, debido a su convicción de que las grandes transformaciones sociales iniciaban con la revolución de tres grandes elementos: el individuo, el conocimiento y la cultura. Siempre aspiró “*verter en sencillas ánforas perfectas, el humanismo creador de nuestro tiempo*” (1965:157). Fue contemporánea a la actividad universitaria del doctor Fabio Castillo Figueroa, del doctor Alejandro Dagoberto Marroquín y del doctor Manuel Luis Escamilla en la década de los sesenta, con quienes compartía una visión histórica común, una prolífica y celosa actividad intelectual, además de una disciplinada mística de trabajo que le permitió combinar su ejercicio académico con la abundante y significativa publicación de sus investigaciones literarias.

Además de las anteriores funciones, la doctora Matilde Elena López también se desempeñó como Directora del Departamento de Letras, labor en la que destacó por su enorme capacidad para establecer sinergias y para organizar equipos de trabajo. Durante su gestión al frente de esta unidad académica, supo reconocer las capacidades individuales de los estudiantes y de sus compañeros maestros, a quienes siempre motivaba para que siguieran adelante con su trabajo cada vez que les encomendaba una tarea. Sabía delegar responsabilidades de una manera excepcional, y quienes trabajaban con ella sabían de su gran habilidad para identificar las potencialidades de cada persona. Sin embargo, a pesar de su grandeza intelectual, jamás buscó imponerse a los demás ni echó mano del autoritarismo para lograr sus objetivos académicos e institucionales. Tampoco buscó sobresalir con lo que hacía en su trabajo y fue una gran admiradora de la actitud humilde que se ponía de manifiesto en su labor profesional. Era, además, una excelente asesora.

Toda esa labor institucional de Matilde Elena López estuvo acompañada de una constante actividad de producción intelectual, vinculada siempre al ejercicio de la investigación. Con un pensamiento de avanzada que favoreció y potenció la investigación del fenómeno literario, desarrolló un elevado rigor teórico y metodológico que abrió las puertas a la formación y a la especialización de muchos estudiosos, no sólo en la academia salvadoreña, sino también en las universidades de América Central.

Pero el principal aporte que Matilde Elena López heredó a la academia universitaria fue la implementación de las teorías de la crítica literaria en la línea de la sociología de la literatura, un enfoque totalmente

desconocido en la cultura académica salvadoreña. Al proponer un enfoque genético al estilo de Lucien Goldman, quien sostenía “*que el marxismo estaba en una severa crisis y tenía que renovarse radicalmente si quería sobrevivir*” (Wikipedia, 2013, marzo 11), la doctora López propuso un modo de estudiar literatura defendiendo la concepción dialéctica de que toda creación artística está vinculada a las condiciones históricas de producción, de tal modo que el arte es una especie de representación de la realidad. Este ideologema queda definido con mayor claridad en la segunda edición de su ensayo *Interpretación social del arte*, al sostener:

El enfoque del arte y de la literatura debe partir de un fundamento científico, de una interdisciplina científica, como la integración de la doctrina dialéctica de la conciencia, del objeto artístico, de los fundamentos de las Ciencias Sociales, en especial la Sociología, la Psicología y la estilística que parte de una concepción sociológica de la estilística lingüística.

El arte como la ciencia, refleja la realidad, puede darnos un conocimiento de ella. Todo gran arte constituye una revelación profunda de la esencia de los fenómenos de la vida social, de las relaciones humanas.

Las relaciones entre el arte y la ciencia, deben ser objeto de este análisis integral del arte y la literatura, en la perspectiva actual de los estudios de Letras.

Por tanto, la Sociología puede y debe ser objeto fundamental del análisis lingüístico y estético, pero integrado con las otras ciencias no menos fundamentales para una concepción integral del fenómeno artístico, que es un fenómeno social, una superestructura condicionada por su base económica y reflejo del régimen social (1975: 22-23).

Con esta propuesta metodológica, Matilde Elena López desafiaba las acostumbradas posturas inmanentistas en el estudio del estilo literario, que convencionalmente hundían su mirada en el universo del texto, apartándose de toda influencia externa que pudiera determinar el estilo y la orientación de una obra:

*La creación artística no es, ni puede ser, algo que exista apartado de la vida, que bogue en un cielo neutral ante la historia, que hunda su inmanencia en la irrealidad de lo subjetivo abstracto* (1975:445).



En su labor como maestra, Matilde Elena López siempre fue excelsa militante de una labor académica colmada de alegría por compartir sin egoísmo aquello que formaba parte de su patrimonio intelectual. Las palabras incluidas al inicio en una de sus publicaciones sirven como testimonio de la percepción que esta mujer tenía sobre su labor docente: “*Dedico este libro: A mis alumnos de la Facultad de Humanidades en la Universidad de El Salvador*” (1965: 4).

Pero además de lo anterior, su capacidad como oradora la ubicaba a la altura de la gran sala para pronunciar un discurso o una conferencia; aunque su exposición en el aula era siempre grata y sus disertaciones en clase nunca fueron proclives al aburrimiento. Era muy elocuente, potencial que había desarrollado gracias a la profundidad de pensamiento derivada de su intensa actividad como investigadora y como consecuencia inevitable de su condición de lectora fecunda. El doctor David Escobar Galindo comenta acerca de la calidad académica de Matilde Elena López en su presentación de los *Ensayos literarios*: “...conozco a Matilde Elena desde mi adolescencia, en la Universidad Autónoma de El Salvador, durante mis estudios de Filosofía y de Sociología; y muy pronto, entonces, a la luz de los conocimientos de la gran maestra que enseña con suavidad y orienta sin vacilaciones” (David Escobar Galindo en: *Matilde Elena López, Ensayos literarios*: 1988: 11).

En fin, Matilde Elena López es una figura que no puede obviarse de la historiografía salvadoreña. Defendió la autonomía de pensamiento en el trabajo intelectual, abogó por la libertad de los pueblos, tuvo fe en los procesos de transformación social que no iban asociados al desprecio por la vida, defendió el humanismo como modelo de pensamiento, mostró que las diferencias políticas e ideológicas pueden resolverse en el ejercicio de un espíritu concertador mediante el recurso del diálogo, reconoció y confió en las potencialidades de los demás, asumió una disciplina intelectual y académica que le permitió aportar un vasta producción crítica y literaria, y su llegada a la Universidad de El Salvador favoreció el desarrollo y la profesionalización de la academia universitaria en la segunda mitad del siglo XX.

Por todos esos aportes, Matilde Elena López se ha logrado posicionar como una mujer de elevado quilate intelectual en el glorioso dintel de la cultura salvadoreña y en la historia de América Latina y del mundo. Su voz estuvo siempre signada por el refrescante aroma de la filosofía humanista y su espíritu concertador sirvió de faro -incomprendido por aquellos años- para mostrar

que la construcción de una nueva sociedad y una nueva cultura era posible, echando mano de la razón, así como lo había hecho Descartes, pero con el valor agregado del amor: “*Amo, luego existo*”, fue su consigna insobornable a lo largo de todos sus días, escondida finalmente en la escafandra de su poema titulado *El verbo amar*. Tal vez por esta razón, y por otras muchas más, de ahora en adelante bautizaremos a esta intelectual salvadoreña con el merecido título de: *Matilde Elena López, “La piel de América”*.

## Bibliografía

(2010, Noviembre - Diciembre). *CULTURA: Revista de la Secretaría de Cultura de la Presidencia (104)*. San Salvador.

López, M. E. (1965). *Interpretación social del arte*. San Salvador: Ministerio de Educación.

López, M. E. (1974). *Interpretación social del arte*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e impresos.

López, M. E. (1988). La poesía de Roque Dalton. In *Cuadernos Universitarios*. Ciudad Universitaria, San Salvador: Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador.

López, M. E. (1997). El verbo amar. In *Colección de cuadernillos literarios, Serie Poesía*. San Salvador: Fundación María Escalón de Núñez.

López, M. E. (1998). *Ensayos literarios*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e impresos.

Menéndez Quiroa, L. (1977). *Hacia un nuevo teatro latinoamericano*. San Salvador: UCA Editores.

Vedda, Miguel (2005) *GyörgyLückács y la Literatura Alemana*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Ideas de Bertold Brecht. En Wikipedia La Enciclopedia libre. Recuperado de [http://www.http://es.wikipedia.org/wiki/Bertold\\_Brecht](http://www.http://es.wikipedia.org/wiki/Bertold_Brecht). Revisado: 20 de junio de 2013.

## Notas

1 Profesor del Departamento de Letras Facultad de Ciencias y Humanidades Universidad de El Salvador.